

La Caja Verde 2

Más historias de la Gente de Confiar



La Caja Verde 2

Más historias de la Gente de Confiar

Una colección de historias
(reales, divertidas, cotidianas, sorprendentes,
inspiradoras, sencillas...) para conocer de qué
está hecha la Gente de Confiar.

**La diferencia está
en confiar**

confiar[®]
coop

Primera edición
1000 ejemplares
Medellín, septiembre de 2021

Edita:

Confiar Cooperativa Financiera

Calle 52 N.º 49-40

Tel: 448 7500 Ext. 4201. Medellín

www.confiar.coop

ISBN: 978-958-52094-8-0

Portada:

Felipe Chaparro

Diseño e Impresión:

Pregón S.A.S.

Este libro es de divulgación educativa y cultural, no tiene valor comercial y su distribución es gratuita. Su producción se deriva de los excedentes generados con los Asociados y Ahorradores de Confiar Cooperativa Financiera, en el ejercicio cotidiano de hacer ahorro y crédito con solidaridad para el bien vivir.

*“Históricamente, Confiar ha tenido una rentabilidad operacional baja, aunque se entiende alineada con la estrategia de entidad **cooperativa pura**”.*

Así se lee en el informe de septiembre del 2021 de Fitch Ratings, que confirma a Confiar Cooperativa Financiera con calificaciones de A+ largo plazo y F1 corto plazo, y con perspectiva estable.

Confiar, una cooperativa pura que lleva casi 50 años trabajando para crear espacios no existentes, diseñando espacios futuros, no para hacer una suma de cosas y personajes individuales sino para llegar a una vida múltiple, plural e interdependiente, una realidad que es mucho más que las métricas y los indicadores cuantitativos del mundo financiero.

¡Construyendo otro mundo posible!

Contenido

Presentación	7
La moto con un caballo de fuerza	9
<i>Ronald Ricardo Ramos Guerrero</i>	
El corazón de Dimitria	13
<i>Adriana García</i>	
Entre la suerte y los malabares financieros . . .	16
<i>Heidi Acosta</i>	
El día en que Samuel aprendió a firmar . . .	24
<i>Adriana Sánchez</i>	
Renovar la confianza	
Una historia de familias y de dragones . . .	27
<i>Daisy Alexandra Sánchez Valderrama</i>	
Una granja en la ciudad	31
<i>Estella Martínez Trejos</i>	
La bendición	37
<i>Juan Diego Tarazona</i>	

La virgen de la variante	40
<i>Diana Cristina Correa Mejía</i>	
El día en que levanté los ojos al cielo	46
<i>Diana Janeth Ospina Barrera</i>	
Oswaldo... el que trabaja	52
<i>Beatriz Zuluaga</i>	
El poder de las cosas simples	55
<i>Alejandro Benjumea</i>	
La urgencia de vivir	61
<i>Olga Lucía Cano</i>	
Aurita: la generosa, la feminista	65
<i>Jenny Giraldo García</i>	
Raquel, una mujer sin miedo	71
<i>Wilman Rúa</i>	
A la brisa, el pecho	78
<i>Cristina Londoño Chavarriaga</i>	
¡Perdón, Fernando!	92
<i>Andrés Mauricio Marín Correa</i>	

Presentación

Cincuenta años cumple, ya casi, nuestra cooperativa. Y como un río grande, calmado, lento pero correntoso, inquieto y arrastrador, sigue cortando ese paisaje al que, según muchos dictaminan, deberíamos habernos resignado ya, ese panorama oscurecido donde la ley es sálvese quien pueda.

Lograrlo ha sido cuestión de fuerza. De fuerza colectiva, para que no queden dudas. Como la que se evidencian en esta Caja Verde número 2, sedimentada con más historias de la Gente de Confiar.

Quien ve este sencillo libro y por sus hojas transcurren, poderosos, trozos de vida de las personas que se han juntado para cooperar, impulsados

por las palabras de empleadas y empleados que se han decidido a escribirlos. El valor de las pequeñas cosas. Simiente. Cimiento.

Todo en nuestro lenguaje, el mismo que, al no dejar de buscarlo, elegimos para renovar la fuerza que nos da creer que otro mundo es posible, el objetivo mayor del Inventico de Confiar.

La moto con un caballo de fuerza

Ronald Ricardo Ramos Guerrero
Coordinador Segmento Independientes

Tuve la oportunidad de vincularme a Confiar a través de la Fundación, allá por el 2013, en el equipo de trabajo que atendía un convenio con la Secretaría de Desarrollo Económico de Bogotá.

Esta iba a ser mi primera experiencia laboral en una entidad del sector solidario y que además presta servicios financieros. Todo era nuevo para mí y por supuesto tenía mucho que aprender y bastante por demostrar, pues apenas venía de realizar una tecnología en el Sena. Y una cosa es el aula de clases y otra muy diferente el trabajo.

Mi labor consistía en visitar a personas que se habían postulado para acceder a recursos públicos para fortalecimiento de sus unidades de negocio y, en ocasiones, para emprender nuevas

ideas de negocios. Debía moverme por todo Bogotá y para esto se requería tener motocicleta; yo era conductor novato y, adicionalmente, tampoco era que conociera mucho la ciudad. Recuerdo que durante el proceso de vinculación en la entrevista con Ángela Valencia, quien iba a ser la jefe del área, me preguntó:

—Y si no conoce un barrio, ¿entonces cómo haría para llegar?

—Pues preguntando —contesté.

Al parecer mi respuesta agradó, y ahora en retrospectiva considero que tal vez fue debido a la inocencia de esta, pues si algo tiene la inocencia es que es sincera siempre.

En una de aquellas visitas tuve la oportunidad de ir lejos, hasta San Juan de Sumapaz, que sigue siendo Bogotá. Casi cinco horas de recorrido para llegar a esa zona rural, que hasta donde alcanzan a ver los ojos es solo páramo. A pesar de eso, me sentía muy feliz por tener un trabajo que me permitía conocer nuevos lugares, parajes de belleza indiscutible. Al regreso de Sumapaz tenía que hacer otra visita en Buenavista, una vereda de la localidad de Usme, donde don José, un señor que tenía un cultivo de papa.

Como en gran parte de la zona rural del país, allá la señal telefónica es pésima, así que debía

programar estas visitas antes de salir del casco urbano de Bogotá y pedir indicaciones porque luego quedaba incomunicado. En el camino mi moto se apagó, después de escuchar un ruido muy raro en el motor que no presagiaba nada bueno. Luego de intentar llamar inútilmente, comencé a llevar la moto empujada; afortunadamente a borde de carretera encontré una casa y paré a preguntar por la finca del señor José. Como no estaba lejos, los vecinos llamaron desde un teléfono de esos que traen antena y llegó don José a recogerme. Yo estaba muy preocupado por mi moto, porque estaba lejos de la ciudad y porque ya se estaba haciendo tarde.

—Tranquilo, don Ronald —me dijo—. Deje la moto acá, vamos a hacer la visita en la finca y luego solucionamos para que llegue hasta Usme.

La verdad yo estaba muy desconfiado y no tenía cabeza para pensar más que en mi moto, pero no habiendo otra opción, accedí.

Hecha la visita al cultivo me prestaron el teléfono ese de antena para informar a mi jefe lo que me había pasado, pues se acercaba la hora del crepúsculo y se suponía que debía haber regresado a la oficina hacía rato.

Pedí que me prestaran nuevamente el celular para llamar una grúa, pero vi a don José

alstando unos lazos de esos con los que se maneja el ganado.

—Tranquilo, don Ronald. Ya va a ver cómo hacemos por acá.

Acto seguido amarró mi moto a un extremo de los lazos y al otro extremo ató un caballo; yo solo observaba mientras me tomaba un tinto que me habían ofrecido para «calmar los nervios y pasar el frío». Cuando acabó, me dice don José:

—Listo, don Ronald, camine a ver lo acompaño.

Y sí, me acompañó hasta el pueblo. Yo encima de la moto para que no se cayera y él al lado mío, muy paciente conversando, contándome de su vida en el campo.

Así fue como ese día realmente aprendí lo que en las presentaciones institucionales de Confiar me habían tratado de enseñar: que la confianza es algo muy valioso, que la solidaridad se presenta en cualquier momento y de cualquier manera, y que no se necesita tener para poder dar; solo es necesario el ánimo y disposición de un corazón noble, y muchas veces ese corazón suele venir cubierto por una tosca ruana de lana.

El corazón de Dimitria

Adriana García

Comunicadora Fundación Confiar

A veces aprendes a los porrazos. En la búsqueda del amor hay varios momentos de decepción y desesperanza, y cuando no es posible que una relación bonita perdure ni logrando que los astros se alineen, se vuelve recurrente perder la fe en ese ideal del amor romántico e incondicional de pareja.

Para mi sorpresa, una asociada de la agencia de Apartadó me enseñó que esa forma de amor sí existe y está en este mundo.

Un día cualquiera de febrero sonó el teléfono:

—Fundación Confiar buenos días.

—Buenos día, niña, llamo para preguntar sobre las becas del tema de paneles solares; me

interesan muchísimo para mi esposo. ¿Me puedes contar cómo funciona todo por favor?

Conversé con Dimitria sobre el programa de Becas Confiar y sobre cómo mediante una alianza que tenemos con Exposolar, varias personas asociadas o sus beneficiarias podrían tener un mejor futuro.

Le conté que la beca otorga el 50 % del valor de la matrícula para estudiar una carrera técnica de sistemas de energía solar, y le advertí que incluía varios requisitos: estar al día con las obligaciones económicas de la Cooperativa, llevar al menos dos años como asociada, residir en estrato 1, 2 o 3, tener al menos el 65 % de un salario mínimo en aportes sociales y, adicionalmente, tener un plan de financiamiento para el 50 % de la matrícula restante. Es decir, que no era tan sencillo cumplir con los requerimientos de esta convocatoria.

Entonces ella me interrumpió estallando de alegría, con un acento entre costeño y paisa:

—¡Ay, yo sé que cumplo con todo eso, niña!

—¡Qué bueno, doña Dimitria! Me alegra mucho. Ahora solo debe registrarse, esperar que se cierre la convocatoria y luego validaremos si...

—Sí, yo entiendo todo eso, mijá, pero es que estoy segurísima de que nos la vamos a ganar.

Vea, es que mi esposo está trabajando aquí en Apartadó, pero yo le voy a decir que renuncie y que se vaya a estudiar a Medellín. ¡Él es capaz de hacer ese estudio! Es que sinceramente confío tanto en él que haré un esfuerzo muy grande; lo voy a apoyar para que pueda irse a estudiar. ¡Es por nuestro futuro!

Yo me derretía sentada en el puesto mientras la escuchaba. Nos despedimos, ambas muy contentas.

Esos diez minutos de conversación me enseñaron que el amor real era posible, y que podía ser distinto a ese sentimiento etéreo, mítico, tan extraño e inalcanzable, que solo lo encuentras pasional y eterno en películas, telenovelas o literatura de ficción.

Luego estuve todo el día con cara de ponqué recordando esa llamada, contando esta pequeña historia en la oficina, reivindicando que ese corazón tan alegre, generoso y tan bello confiaba en el amor incondicionalmente.

Unas semanas después, así como lo predijo, le confirmamos a Dimitria y a su esposo que habían sido ganadores de la Beca Confiar.

Entre la suerte y los malabares financieros

Heidi Acosta
Analista de Comunicaciones

En una gigante urna de cristal las balotas numeradas burbujan alocadas. Una de ellas cada tanto tiempo y por azar es succionada por un tubo metálico y de inmediato el dígito se visualiza en las pantallas. Una voz femenina se escucha en el salón:

—I 24.

Varios segundos después esa misma balota sale por un orificio de la tapa de la urna y se desliza lentamente por un camino ondulado hecho de delgados tubos metálicos que dejan entrever la balota; ésta termina su recorrido haciendo fila detrás de otras tantas.

En el amplio salón blanco apenas se puede reconocer a alguien. Detrás del mar de tablas

numeradas ubicadas en un centenar de mesas, solo se pueden ver las coronillas de los jugadores.

Otra vez se escucha la voz femenina:

—O 67.

Y casi al tiempo un hombre mayor alza la tabla y grita: ¡bingo! En las pantallas la tabla digital centellea con los números ganadores, el 67 brilla amarillo y aparece junto a la cifra ganadora: 200 mil pesos.

Presurosos, dos trabajadores de camisas blancas abordan al ganador. Tras unos minutos de silencio la voz femenina resuena de nuevo en el salón. Es el tono pausado de alguien que parece haberse acostumbrado a la alegría de la buena suerte como si fuera una rutina. Luego de verificar la tabla, anuncia que termina el bingo y que continúa el próximo con un premio de 40 mil pesos.

La voz femenina pertenece a Daily Valbuena, quien lleva 15 años trabajando en el Bingo Centro, el único de su tipo que queda en el centro Medellín.

Cuando acaba su turno de locutora, pasa a ser jefe de mesas. En esta labor recorre los estrechos corredores cobrando y asignando tablas a los clientes. Cada una de ellas tiene a su vez nueve

cuadros de bingo. Hay jugadores con mínimo dos tablas, esto es, 18 oportunidades de ganar.

En ese frenético ir y venir se acerca a ella el ganador de la última partida, le extiende un billete de 20 mil pesos. Una gran sonrisa se dibuja en sus labios rojos, dejando ver sus blancos dientes bien alineados. Luego de agradecer guarda el billete en el bolsillo de atrás de su pantalón para que no se vaya a confundir con el dinero de las tablas.

La jornada termina a las diez de la noche. El bingo cierra a las nueve y ahora solo se escuchan las charlas y las risas de los empleados que forman eco en el salón silencioso. Antes de salir, Daily deposita el billete de 20 mil junto con otros dos en una alcancía que tiene en su casillero. Se echa la bendición, agradece por un día más de trabajo y reza para que este mes le alcance para la cuota de su nueva casa, la propia.

Con la alcancía en la mano y la plegaría en la boca le es imposible no recordar los malabares financieros que ella y su familia hacen para conseguir la cuota de la casa, además de pagar arriendo, servicios, mercar, comprar las loncheras de los niños y cumplir las demás necesidades del hogar, que no paran, y todo con solo un salario mínimo.

Cada mes busca ganarse el estímulo a mejor empleado que se traduce en 200 mil pesos, una

los subsidios de los niños, ahorra las primas y aguinaldos de ella y de su hermana, a fin de año solo le compra un *estrén* de ropa a sus hijos y no se permite gastos innecesarios ni lujosos. Hasta la suerte de los clientes a veces le ayuda, cuando ganan le dan 20, 50 y hasta 100 mil pesos. Todo suma.

Y como una estrategia financiera, cada moneda que llega a las manos la reparte de manera magistral para cumplir con los 300 mil pesos de la cuota de su casa. Pero también hay días en que no le alcanza para todo. «Ay señor, no tengo la plata», se dice a sí misma. En esos casos pide prestado a una amiga, otras veces a vecinos, pagando y ajustando para no quedarle mal a nadie y volver a recurrir a ellos si necesita. Pero sigue adelante, aunque el sueño de tener casa propia la «ahorque» nunca se arrepiente de su decisión.

Y es que desistir es fácil. Además de las maromas financieras, a Daily no le fue fácil encontrar un proyecto que se acomodara a sus necesidades y expectativas. Su familia era grande, vivía con su hermana, su sobrina, sus tres hijos y su mamá, así que el apartamento debería tener al menos tres habitaciones. Un año atrás había comenzado a ahorrar en la empresa y en la natillera. Con lo que recogió se postuló al subsidio de la caja de compensación, y aunque meses después

salió beneficiada, no logró acomodarse a ningún proyecto de vivienda porque las cuotas a pagar eran muy altas. Cuando estaba dispuesta a tirar la toalla apareció Siembra.

Enclavada en las montañas noroccidentales, en el límite entre Medellín y Bello, está Siembra. Tras dejar atrás las bulliciosas calles del barrio París, una vía amplia conduce al proyecto. Luego de un par de curvas pueden verse una docena de edificaciones firmes, con sus ventanales como ojos, que parecen vigilar el norte del Valle de Aburrá. Daily respira profundo, el aire limpio y frío llena sus pulmones. Lo que ve le gusta, pero sonrío discretamente como para que nadie le robe la felicidad. La calzada que la lleva a su apartamento pasa por la cancha y el parque de los niños, y aunque tiene una extensa rampa para llegar a su torre, ella prefiere tomar un atajo por el camino de rombos, cuadrados y triángulos que hay en las zonas verdes.

Esta es la tercera vez que visita el proyecto y siempre tiene la misma sensación de ansiedad. Quiere las paredes blancas y muebles que le permitan aprovechar mejor el espacio. Ya repartió las habitaciones: su mamá dormiría con su hijo Johan, su hermana Ketty con su sobrina Faralla y ella con sus hijas Évelyn y Karen. Calcula las

cosas que tendrá que regalar o vender y al mismo tiempo sueña con el día del trasteo. Parada en el balcón del apartamento 441, aún sin entregar, recuerda cuando le hablaron por primera vez del proyecto.

En uno de sus días de descanso, Daily fue al banco a cancelar su tarjeta de crédito. Ya no la usaba y era un objeto permanente de tentación. Tomó el ficho y minutos más tarde la llamó la asesora. Como parte de la rutina la funcionaria le preguntó a qué venía y ella le contó sobre su sueño de tener casa, del esfuerzo para ahorrar y de la frustración de no encontrar nada para ella y su familia. Atenta, la asesora la escuchó y le sugirió visitar a una amiga suya de la universidad llamada Estefanía, que trabajaba en Confiar y que estaba en un proyecto llamado Siembra.

—Vaya, quién quita que allá se acomode —la animó.

Y desde ese momento lo que a ella le parecía imposible o mágico se convirtió en realidad. Llamó a su hermana Ketty para decirle que había encontrado un proyecto de vivienda que se acomodaba a su presupuesto, pero que necesitaba que fuera su codeudora. Aunque sabía que esta decisión frenaba el deseo de Ketty de también tener su casa, le dijo que el apartamento sería para las dos y ella aceptó.

Luego de visitar Confiar, una puerta se abrió tras la otra: al subsidio de la caja de compensación por 24 millones de pesos se unió el concedido por el Isvimed por 19, y está a la espera del subsidio de Mi Casa Ya por un valor que oscila entre los 15 y los 17, que será otorgado un mes antes de recibir el apartamento.

Entre subsidio y ahorro solo tendrá que pagar 24 millones de pesos por su casa, con cuotas de menos de la mitad del arriendo que actualmente paga. Con la promesa de compraventa firmada ya siente su sueño materializado.

Son las siete de la mañana y el agua para el tinto ya está hirviendo en el fogón en la casa de Daily. A esa hora su hermana y ella revolotean por la cocina integral, dividida en dos por el corredor que conecta la sala con las habitaciones de atrás. La conversación habitual pasa por los niños, los pormenores del trabajo y el apartamento nuevo. En esos ratos que comparten antes de salir les gusta hacer planes y darse ánimo. Ambas trabajan en el bingo y cada día ven cómo las personas le confían sus sueños a la suerte, pero ellas prefieren el esfuerzo. Saben que el último año ha sido duro, privado de muchos gustos, pero admiten que no hay recompensa sin esfuerzo. El sueño de tener casa propia se hace cada vez

más y más real: en pocos meses les entregarán el apartamento.

Daily regresa a su habitación, empaca la camiseta de la selección Colombia que juega en la tarde y que todos en el bingo llevarán puesta. Recoge su cabello negro en una cola de caballo y pinta sus labios de rojo cereza, color que le hace juego con su piel morena. Baja la escalera y se despide de su hermana, quien desde el balcón le desea suerte:

—Ojalá ganen mucho hoy.

La urna gigante de cristal la recibe. Las balotas numeradas burbujan alocadas. El tubo metálico succiona una de las balotas al azar y de inmediato el número se visualiza en las pantallas.

El día en que Samuel aprendió a firmar

Adriana Sánchez

Formadora en finanzas y cultura solidaria

Cuando fui asesora de microcrédito en la oficina de San Cristóbal, realizaba trabajo conjunto con la promotora de Fomentamos, Elizabeth, alias Guti, que atendía a todos los independientes que no calificaban para la banca tradicional. Guti me pidió el favor de visitar a Nohemy, una integrante del círculo solidario de la vereda La Palma, que estaba interesada en tomar un crédito de 500 mil pesos, respaldados por su negocio de venta de comidas y por el cultivo de legumbres del esposo.

El día de la visita, lo primero fue encantarme con la casa de la pareja de campesinos; parecía un pesebre, con los muebles en el corredor y en el jardín un sembrado grande de cebolla junca y cilantro. Y lo mejor: ver a Medellín desde lo alto.

Después de la admiración, y ya entrando en materia, procedí a valorar los negocios en un formato que contiene balance, PyG y otros datos necesarios para establecer la capacidad de endeudamiento y pago. Todo marchaba muy bien, el crédito era viable, hasta que consulté el datacrédito de Nohemy y mostró un error en la escritura del nombre: no coincidía con la cédula. Esta situación dificultaba el proceso, pero quedaba la alternativa de que su esposo tomara la obligación y ella quedara como codeudora solidaria.

La consulta de Samuel en el datacrédito salió perfecta pues nunca había tenido crédito con una entidad financiera, así que el crédito fue aprobado. Una buena noticia que los puso muy contentos pero a la vez les causó angustia debido a que Samuel no sabía firmar.

«No, Samuel, eso no es limitante, antes es una oportunidad para que usted demuestre que puede aprender; la firma es muy importante» le dije. Buscaron un cuaderno viejo, le dejé la muestra del nombre y se comprometió a hacer planas en los momentos de descanso. Lo llamaba o, cuando tenía oportunidad, le daba vueltecita para mirar el avance; el objetivo era que Samuel se sintiera preparado y seguro al ir a firmar a la agencia todos los documentos.

A las dos semanas me llamaron para informarme que ya estaban listos para echar la bancaria. Y a la mañana del día siguiente llegaron a la oficina muy tiesos y muy majos; Samuel, con su pinta dominguera y su sombrero blanco de ala ancha, vio la cantidad de documentos y reaccionó:

—Dios mío, qué es todo eso, ¿sí terminamos hoy?

—Tranquilo, Samuel, tómese el tiempo que sea necesario para firmar.

Se veía bastante nervioso. Se quitó el sombrero y tomó el lapicero. Las manos gruesas por el azadón y la falta de práctica no le permitían tener la motricidad que deseaba en ese momento, pero poco a poco fue llenando los documentos; se demoró casi dos horas y al terminar dijo: «que cosa tan larga, más larga que una semana sin carne». Era evidente que estaba emocionado, se tocaba la cara, le cogía la mano a la esposa y se puso el sombrero.

Lo felicité, y él en agradecimiento me invitó a desayunar. Y hasta el final del crédito, sagradamente, Samuel me informó cada vez que pagaba su cuota.

Renovar la confianza

Una historia de familias y de dragones

Daisy Alexandra Sánchez Valderrama
Gestora de aprendizaje

Ahorrar es un acto de confianza, y esta familia sí que sabía cómo hacerlo. En la agencia Bogotá Centro, luego Parque Nacional, eran comunes el frío, el sol naciente y la visita a primera hora de la familia de don Marco, quien llegaba con su esposa y un cochecito en el que aún dormía su único nieto. Solían caminar cerca de treinta minutos desde su casa. Recuerdo a don Marco de rostro canela, con un pantalón de lino café y una camisa de cuello que sobresalía sobre su saco liviano y oscuro. Mientras que doña María, con un atuendo más deportivo, sonreía y dejaba ver sus mejillas sonrojadas, un tanto por los kilómetros recorridos, otro poco por su timidez. Eran ahorradores de la Cooperativa desde muchos años atrás gracias a su relación con una

empresa de Boyacá. Una vez finalizó su vínculo laboral, don Marco migró con su familia a Bogotá, donde preveía un futuro mejor para sus hijos. Todo fue propicio: su traslado a la gran ciudad y la apertura de la primera agencia en la capital. Solía visitarla con frecuencia para renovar sus inversiones; siempre tenía la certeza de que en Confiar encontraría no sólo la mejor asesoría sino también la mejor solución financiera.

Todo el equipo de trabajo se sentía feliz cuando aparecía el cochecito, pero aquel día la oficina estaba llena. No había lugar para sentarse y mucho menos para brindar la posibilidad de acelerar el trámite de su renovación. Se sentía alegría, una nueva: por fin la agencia estaba llena con muchos nuevos clientes potenciales. Sin embargo, como eran los días confusos de las pirámides, empezaban a llegar a la oficina muchas personas que buscaban cumplir sus sueños con una alternativa de inversión que supuestamente les reportaría grandes rendimientos.

Don Marco, turbado por la espera, preguntó a qué se debía el tumulto. La respuesta lo confundió aún más: curiosamente estaban solicitando crédito para luego invertir en estas nuevas empresas que prometían ganancias entre 70 y 150 %. En ese instante logró asociar esta información con los titulares de los noticieros del país que mostraban personas en interminables filas,

buscando tener acceso a esta aparente oportunidad. Lejos de llamarle la atención esta modalidad de inversión, finalizada la atención don Marco prometió regresar en tres meses para renovar un nuevo título.

Los asesores observaban que llegaban de todos lados, de todos los estratos, con tanta ansia y frenesí por ese crédito aprobado que pronto entregarían a esas empresas, figuras hasta entonces benévolas que prometían duplicar y hasta triplicar su dinero en poco tiempo. Era sorprendente ver cómo cifraban sus ilusiones en un dragón dormido y desconocido; aquellas empresas no sólo devorarían sus recursos sino también sus vidas.

Ante tal amenaza, la instrucción para los empleados de la Cooperativa fue afinar la vista, reforzar la conversación y conocer más sobre el proyecto o el sueño, esa era clave. El discurso también cambió y sin falta se entregaba a todos los visitantes una carta de la gerencia donde se exhortaba a pensar que *No todo lo que brilla es oro*. Además, como un acto de responsabilidad, una y otra vez se repitió: «Hoy no somos su opción de crédito», que no era otra cosa que decir: «esa opción de inversión no le conviene».

Meses más tarde quienes recibieron un no compartían su desventura: el dragón había

despertado, las pirámides fueron intervenidas por el gobierno nacional, miles de personas protagonizaban violentas revueltas y protestas para reclamar contra el destrozo financiero del que eran víctimas. Tras una bocanada de fuego, el engaño y desconcierto hizo que ardieran todos los sueños y todas las ilusiones. Todo se había derrumbado, y en vez de las ganancias prometidas solo quedaba frustración y un sinnúmero de cuotas por pagar.

La familia de don Marco sabiamente regresaba a la oficina y demostraba que muchas veces vale la pena soñar, aún si es un tanto más despacio, un tanto más firme y un tanto más junticos en familia. Renovar la confianza en actos tan simples como el ahorro les ha permitido, con paciencia y parsimonia, alcanzar las metas y los sueños. También mantenerse unidos y en bienestar en la ciudad que eligieron como su nuevo hogar. A don Marco lo premió su capacidad de confiar.

Una granja en la ciudad

Estella Martínez Trejos
Gestora de aprendizaje

Ella, de cabellos rizados, mirada sonriente y rostro que irradia nobleza, resiliencia y resistencia. Una mujer campesina que se suma a las gigantescas cifras de personas que han vivido en carne propia las desastrosas consecuencias de la guerra despiadada de nuestro país.

Nació en Moniquirá, Boyacá. A los seis años fue arrebatada de su hogar y ahí empezó su camino espinoso, lejos de su familia. Forzosamente fue obligada a abandonar su tierra y a iniciar una nueva vida, si así se le puede llamar a abrirse paso sola y lograr sobrevivir en la caótica y conmocionada capital. Ese era hasta el momento su destino y ahí comenzó la difícil búsqueda de una mejor vida, pese a que el panorama se mostraba desolador pues reinaba la escasez, la inequidad, la injusticia y el odio.

Fue sorprendente para ella ver cómo a partir de una situación de desplazamiento y sufrimiento la vida le ponía ante sí una luz de esperanza. Era más que merecido para esta soñadora, poderosa y valiente mujer que se le concediera la oportunidad de vivir dignamente. Sobre todo a ella que no se había dejado derrotar por las adversidades. Ya con una familia conformada por su compañero y sus tres hijos, aprendió el oficio de carpintería, luego fue zapatera, labores que de ninguna manera le avergonzaban pese a los cuestionamientos sociales, pues no era supuestamente un trabajo para mujeres.

Su compromiso y pasión por lo que hacía le permitieron trabajar arduamente en este oficio y pronto se vieron los frutos, pues la zapatería le dio para comprar un lote y construir su casa propia en Suba, al noroccidente de Bogotá. Pero no llegó a ser una habitante más de esta localidad; desde el comienzo fue consciente de las miles de necesidades de las personas que habitaban este territorio. Fue así como inició una lucha por defender los derechos de la colectividad y desarrolló acciones por el bien común de sus vecinos, y como suele suceder con los líderes sociales en este país, empezó a recibir amenazas de grupos armados al margen de la ley, hasta que pudo más el miedo y la zozobra que la valentía y decidió irse del barrio con sus hijos; tomó solo unas pocas pertenencias y se dirigió a pasar la

noche en casa de su hermana. En ese momento empezaron nuevamente a desvanecerse sus ilusiones y su fe.

Sufrió otra vez un desplazamiento forzado. Huyó angustiada y abrumada en medio de la capital del país, tratando de sobrevivir y ansiando encontrar un refugio seguro.

¡Cuánto anheló ver el final de su cruel suplicio! Pero no fue así. Poco tiempo después su joven hijo fue cruelmente asesinado por los grupos armados que ya antes la habían amenazado. La vida le impuso comenzar de cero, sin techo, sin empleo, y peor aún, con su corazón desgarrado por el dolor de haber perdido a su entrañable hijo.

Ella, Rosa Poveda, mejor conocida como Rosita, llena de dolor encaró nuevamente a la vida, consciente de que aún le quedaban otros hijos por los cuales tenía que seguir luchando. En medio de su caos y sufrimiento emocional, y como si fuera una señal divina y sublime, tuvo un sueño revelador, así lo llamó ella. Ese momento de ilusión le mostró un lugar muy peculiar donde muy seguramente se empezarían a tejer nuevos sueños y otra vida. Y caminando cierto día por el barrio La Perseverancia, en el oriente de Bogotá, se encontró con un terreno baldío, que con el transcurrir del tiempo había sido convertido

en un vertedero de basura; este lugar fue durante cuarenta años un foco de infección que afectaba la salud de los habitantes de *La Perse*, como es llamado coloquialmente este barrio. Rosita, como la mujer visionaria que es, logró entrever lo que significaría su nuevo proyecto de vida, que también sería el propósito de muchos y de muchas en este nuevo territorio.

A partir de esta visita tuvo clara su intención: transformar este inhóspito lugar en una granja. Contra todo pronóstico, y a pesar de que parecía una idea absurda, logró hacer un acuerdo de comodato con el propietario del terreno y como si de un milagro se tratase recibió el predio, y sin demora inició un proceso mágico de transformación del lugar.

Tan pronto se instaló, convocó a sus amigas y amigos para que arrimaran el hombro en la colosal obra de limpiar y depurar este singular terreno, y así prepararlo para el gran cambio con el que tanto había soñado. En comunidad lograron sacar 2500 bultos de basura y a partir de ese momento comenzó la materialización de un sueño: convertir el improductivo lote en una granja agroecológica.

Así nació la Granja Escuela Agroecológica Mutualitos y Mutualitas, nombre con el que fue bautizado el proyecto y que ahora ocupa el

corazón de Rosita, y con toda la razón pues no es cualquier granja, es una apuesta política por la agricultura ecológica, la recuperación de las semillas nativas y la comercialización de productos locales como la chicha, los envueltos de maíz y los tamales. A través de mingas, donde en ocasiones se pueden llegar a convocar más de cincuenta personas, así como con la ayuda de quienes han habitado en la granja, Rosita ha limpiado el terreno de tanto escombros y ha luchado por mantener cultivos ecológicos. Pero no al no parecerle suficiente esto, y siendo consecuente con lo que piensa y siente, decidió vincular a la comunidad y en especial a los jóvenes que se han visto involucrados en problemas de drogas y pandillas; los ha hecho partícipes del proyecto y ellos han encontrado en este lugar una oportunidad para aprender mucho.

Su interés siempre ha sido que los más pequeños sean quienes reciban los intercambios de conocimiento y las prácticas que pueden hacerse en la granja, y que así lo puedan difundir en sus propias casas y entornos.

Actualmente este lugar es visitado por instituciones educativas y universidades que se han interesado en conocer los procesos educativos agroecológicos que desde ese hermoso lugar lidera Rosita.

La profe Rosa, como también la llaman, sueña con que más lugares de la ciudad se transformen en territorios con cultivos sostenibles. Por eso de vez en cuando se toma lugares del centro de Bogotá, como por ejemplo el Parque de los Periodistas, donde ha dejado sus semillas criollas para que germinen algunos frutos que sirvan de alimento a los transeúntes. Y más allá de eso, también quiere aumentar la conciencia de las personas sobre la necesidad de cuidar y preservar el medioambiente.

Esta mujer campesina, «una habitante más del planeta, una mujer que ama la naturaleza», como ella misma se describe, le apuesta todos los días de su vida a la paz, el perdón y la reconciliación. Tiene claro que su lucha seguirá siendo por la soberanía y la seguridad alimentaria.

Cree que otro mundo es posible y está en este, solo si buscamos ser personas más justas, más humanas, más solidarias.

Ah, se me olvidaba: Rosa Evelia Poveda es asociada de la Cooperativa desde 2008. Ella es gente de Confiar.

La bendición

Juan Diego Tarazona
Analista de Comunicaciones

El jueves 21 de enero de 2021 supe lo que era una verdadera bendición. Estaba en Cauca, una tierra de clima caliente donde escasea la brisa. El amanecer era distinto a los que estoy acostumbrado, pues las montañas aquí en Medellín hacen que los primeros rayos del sol lleguen un poco más tarde a mi ventana. Eran cerca de las 5 de la mañana en la capital del Bajo Cauca y ya hacía un calor que me levantaba de la cama; nunca he podido dormir con el aire encendido.

Estaba en este lugar grabando un par de historias sobre la gente de Confiar, y aunque desde antes del viaje ya conocía el itinerario, nadie me dijo que aquel 21 de enero cambiaría algo en mi manera de pensar. En mi lista diaria aparecía el

nombre de una asociada a quien debía visitar. Angélica María Luna, 1:00 p. m., decía la nota.

Salí con tiempo hacía la oficina de Confiar, que queda sobre una de las avenidas principales, y allí conversé con Paulina, la directora de la agencia. En medio de la conversación le pregunté por doña Angélica, porque no sabía dónde encontrarla. Bastaron un par de instrucciones para llegar a mi destino.

El sol pegaba fuertemente en mi cabeza y mis hombros. Al mirar a los muchachos que cargaban los equipos de grabación y me acompañaban en la búsqueda, pude confirmar que ellos sentían lo mismo: las gotas de sudor nos corrían por la cara, la espalda y el pecho. Un cielo inmenso y sin nubes nos obligaba a esperar bajo la sombra de un árbol.

—Ya viene doña Angélica, ya viene —dijo una mujer a la que minutos antes le habíamos preguntado por ella.

Piel bronceada, cabello recogido, ojos grandes adornados por unas líneas de expresión marcadas de tanto sonreír, así es Angélica. Ese día llevaba un vestido de flores y unas sandalias blancas.

Doña Angélica trabaja en el sector independiente y Confiar le ha ayudado con su cultura de ahorro. Su historia parece cinematográfica: logró

levantar un negocio con el que pudo hacerse a su casa y a una moto, darle estudios a sus hijos y emplear a una familia.

Hasta ese momento yo seguía pensando en que una bendición era como un milagro, algún suceso extraordinario, pero la verdad es otra. Una bendición son dos carros de aluminio para limonadas, las mejores que he probado; a mil pesos micheladas y a dos mil con mango. Doña Angélica nos calmó la sed y apaciguó el calor, y en ese momento me explicó, sin decirlo literalmente, que las bendiciones muchas veces son pequeñas cosas que con paciencia y tiempo se hacen gigantes. *Limonadas la bendición* es lo que se lee al frente de cada carro.

La virgen de la variante

Diana Cristina Correa Mejía
Analista de Gestión Humana

A la entrada del pueblo reposa una imagen de yeso, con rostro dulce y angelical, que carga un inocente niño hecho del mismo material. La identifican como La Virgen del Carmen, la misma que fue testigo de numerosas salidas de personas vivas que nunca más volverían a abrazar a sus familias. Y era así, salían vivas y llegaban muertas, o en el peor de los casos los desaparecían. Por eso a la virgen, aquella que se veía en la variante del pueblo, no le faltaban cirios ni flores de sus creyentes... a ver si les hacía el milagro de vivir tranquilos.

Nací en Santo Domingo, Antioquia, pueblo conocido por ser la “cuna del costumbrismo” pues allí nació el escritor Tomás Carrasquilla. Pero

no solo era reconocido por eso. Como muchos otros pueblos sus habitantes vivieron en medio del horror de la violencia, la incertidumbre y una guerra entre los mismos campesinos que, en muchos de los casos, desconocían la causa de la violencia.

Me refiero a los actores del conflicto armado (guerrilleros, paramilitares y ejército), que tenían más en común de lo que pensaban. La mayoría eran provenientes de familias campesinas humildes y trabajadoras, algunos tuvieron la posibilidad de estudiar en las escuelas veredales pero a temprana edad eran retirados de la vida académica, porque aún en sus años de infancia debían asumir responsabilidades para aportar con el sostenimiento de sus hogares: cortar leña, cuidar animales, cultivar la tierra, ordeñar las vacas, moler maíz en el pilón para hacer las arepas y la mazamorra, cocinar olladas de frijoles y sancocho casi a diario... tareas rutinarias y necesarias para vivir.

La nefasta guerra se aprovechó de muchas de sus necesidades, robándoles sus sueños, su infancia, su inocencia, sus sentimientos; les ofrecieron un fúsil y les hicieron creer que eran poderosos, atravesados por un proceso de persuasión tan intenso que al final entregaban sus vidas en los campos de batalla. Lo paradójico es que el

enemigo tenía el mismo origen; la diferencia estaba en la lavada de cerebro de los unos y de los otros. Me atrevo a describirlo así porque aquellos que se jugaban la vida, poca o ninguna formación política tenían, estaban allí porque fue la única posibilidad de vivir y, mientras ellos morían, la oligarquía se hacía más fuerte y la brecha de las desigualdades sociales en Colombia era más visibles que nunca. Algunos hacían parte de estos grupos por obligación y otros cuantos por un ideal de transformar un país para que hubiese equidad. Sin embargo, todo lo que sucedía daba a pensar que en Colombia ha sido más importante el dinero que las vidas humanas, porque la guerra termina siendo un negocio macabro donde unos pocos, pero poderosos, ganan.

Aún recuerdo con detalle una mañana de 1996. Nos encontrábamos en una clase de mecanografía, la maestra había sido llamada por el coordinador académico y cuando regresó tenía una expresión de dolor y desconcierto en su rostro, parecía como si hubiera recibido una noticia fatal. Con voz quebrantada y lenta nos informó que habían asesinado al alcalde. Ese día sería el inicio de muchos asesinatos que incluían a la población civil, líderes sociales y a varios dirigentes políticos que terminarían muertos por causa de una guerra que tenía de todo, menos

un propósito fundante. En ese instante, todos y todas fijamos nuestra mirada hacia Julieth, quien al recibir la noticia rompió en llanto, sus lágrimas parecían infinitas, estaban cargadas de dolor, impotencia y mucha tristeza, y no era para menos, ella era la sobrina del alcalde.

Esa mañana sentimos que todos y todas éramos parientes de don Héctor. Lo que no imaginábamos era que poco a poco, y de la misma forma que a él, le llegaría el turno a Martín, Miguel, Jorge, Evelio, Gerardo, Alberto, Carlos... y llenaría está y cien páginas más con la lista de nuestros vecinos, parientes y conocidos que jamás volverían a compartir con sus familias. Sin contar los miles de desplazamientos forzosos; recuerdo con nostalgia los carros que salían llenos de corotos y con ellos también se iban muchos de nuestros amiguitos. Era doloroso llegar los lunes y ver pupitres vacíos. Y es que en esos días para muchos no había más opción que colaborar con los unos o con los otros, tener la suerte de quedar vivo o dejarlo todo e irte del pueblo. En aquella época la muerte violenta, el desplazamiento, la extorsión y el secuestro estaban más naturalizados que nunca. Lo cierto es que los niños y las niñas de aquellos años nunca volveríamos a ser los mismos que jugábamos en los solares de nuestras humildes casas, imaginando

que habitábamos bosques encantados, haciendo castillos con hojas de plátano y colchas de retazos, sumergidos en laberintos interminables de juegos y risas, amantes del teatro, las danzas y las fiestas pueblerinas que hacían parte de nuestra identidad y orgullo dominicano.

Hoy, muchos años después y luego de lograr que algunos actores del conflicto armado tomaran el camino de la Paz como la única oportunidad para construir un nuevo país, la Virgen del Carmen y su niño Jesús son testigos de la llegada de los hijos que van desde Medellín a visitar a sus padres y abuelos, del galopar de los caballos en las cabalgatas y de los hermosos días de verano que adornan los paisajes dominicanos. Aún la virgen de la variante recibe cirios y flores, pero ahora es para agradecer porque se hizo el milagro de tener un pueblo tranquilo.

Se estarán preguntando qué tiene que ver Confiar en esta historia... y es que mi llegada aquí fue el comienzo de otra etapa de mi vida, donde no solo he fortalecido mi subjetividad como mujer si no que he encontrado en el conocimiento y el amor otra posibilidad de vida; valorar lo simple, lo sencillo, cada ritual, cada encuentro, cada lectura que me hace evocar los hermosos días donde los actos culturales se centraban en la plaza principal de mi pueblo. Allí la multitud

disfrutaba del folclor, el color y la alegría. Pero quizás lo más importante es hacer parte de un proyecto que, con su objeto social, ha contribuido a que Colombia sea un país un poco más incluyente, con una postura particular que le ha apostado a la paz. Aquí la palabra se ha materializado en actos contundentes. En Confiar creemos que puede existir otra manera de vivir la vida, con dignidad, abundancia justa y esperanza. Estar aquí me ha permitido soñar con un país en paz, donde ningún vecino deba irse por causa de la violencia, donde la gente se pueda morir de vieja y los niños y las niñas vuelvan a jugar con la imaginación y la inocencia que caracteriza la infancia.

El día en que levanté los ojos al cielo

Diana Janeth Ospina Barrera
Auxiliar de servicios generales

Fredonia, municipio del suroeste antioqueño, es conocido por sus habitantes como el pueblo de las tres efes: frío, faldudo y fantástico. En el que es considerado uno de los mayores exportadores de café, se encuentra la vereda Piamonte, donde mi padre Alberto, siempre con su sombrero blanco y botas negras, trabajaba como mayordomo de una finca. Con mi madre Consuelo y mis hermanos disfrutábamos del lugar por el verde del paisaje y el árbol de mango que con sus ramas cubría con sombra la casa en el atardecer.

A lo lejos veíamos el río Cauca. Aún puedo recordar a mi madre aquella tarde, con su sombrero grande color marrón y su tierna sonrisa, mirando desde una barranca esa sabana rodeada de palmeras y árboles de flores amarillas. Me

dijo: «Hija, busca a tu papá, dile que traiga los caballos, porque nos vamos de paseo». Me llevó adelante sosteniéndome con sus piernas, se veía tan feliz, podía sentir el calor de sus manos que me daban seguridad. Llevábamos un buen rato observando la naturaleza, sus colores, los animales y cuanta cosa podíamos divisar. De repente la miré, su rostro ya no era igual, en sus ojos se podía ver angustia, preocupación. Me abrazó fuerte, «hija, te amo» me dijo. La silla dio vuelta, el caballo nos cayó encima, la cabeza de mi madre se golpeó contra una piedra y quedó inconsciente.

En ese momento no pude moverme, el peso del caballo aprisionó mi mano izquierda. Mi padre no supo qué hacer, quedó paralizado. De pronto reaccionó y nos llevó al hospital. Mi madre despertó, pero el médico no le dio buenas noticias a mi padre. Su cerebro quedó inflamado y hubo un leve coágulo de sangre que podía crecer con el tiempo y volverse un aneurisma. Mi padre, preocupado, me tomó de la mano y me dijo que la fractura de mi dedo índice iba a sanar al igual que mi madre. Con el paso de los días nos fuimos recuperando gracias a sus cuidados.

Todo esto me lleva a una noche fría y lluviosa en que los perros ladraban sin descanso, como si algo pasara; mi padre tenía en la mesa de noche

su linterna y su radio negro. Abrió la puerta, alumbró y miró cómo los perros estaban de un lado a otro. Alcanzó a ver a lo lejos hombres acercándose a la casa, corrió angustiado y le dijo a mi madre: «Cogé a los niños». Ella nos levantó y nos escondió debajo de la cama; nos cubrió con costales y ropa.

Era la guerrilla. «Vengan con nosotros, vamos a hacer una requisita del lugar» dijo uno de los hombres. Los guerrilleros iban de aquí para allá haciendo preguntas, mi cuerpo temblaba, lloraba en silencio al no saber la suerte de mis padres, pensé que esa noche no iba a terminar, sentí miedo, solo quería que amaneciera para ir en su busca. De pronto vi cómo la luz del día entró por las hendijas de la puerta, ya no se escuchaban ruidos, me levanté dejando a mis hermanos debajo de la cama, fui a la cocina por el patio empedrado y allí encontré a mi padre sentado en la banca de madera, corrí tan rápido como pude y lo abracé fuertemente llorando en su hombro. Mi madre me consoló: «Hija, ya pasó todo, ve por tus hermanos».

Frente a lo ocurrido, mi padre decidió entregar la finca y dejar todo para irnos a Fredonia. Pasó el tiempo, no consiguió empleo, los ahorros se iban acabando, se angustió por la situación en que nos encontrábamos, al no alimentarnos bien

para ir al colegio. Mi madre cada vez se veía más débil, una arepa con agua de panela dos veces al día era la comida. Mi padre salió para Medellín en busca de una mejor oportunidad, consiguió empleo, nos vinimos a vivir a la ciudad, la situación mejoró un poco. Terminé mis estudios y vi la posibilidad de seguir en lo que apasionaba mi vida: la gestión humana.

Mi madre se enfermó y consultó al médico. Él mandó a reunir a la familia para anunciar los resultados de los exámenes. Ella, sentada en la sala con su saco azul y con lágrimas en su rostro, anunció que tenía leucemia mieloide aguda, un cáncer de la médula ósea. Nos contó en ese momento que el coágulo de sangre había crecido, convirtiéndose en aneurisma. Ahí sentí que el mundo se me venía encima, mis hermanos lloraban inconsolables, mi padre la abrazó. Yo solo pensé: ¿Qué voy a hacer? No puedo estudiar, tengo que trabajar. Pasados los meses conseguí empleo dejando mi sueño de ser profesional. Eso ya no importaba. Había que ayudar a mi padre con los gastos de la casa y las medicinas de mi madre.

Todo parecía estar controlado hasta que una tarde sonó el teléfono, llamaron de la clínica para avisar que mi padre había sufrido un accidente automovilístico quedando en coma. Esa noche

junto a mi cama reclamé: Dios, ¿dónde estás tú?, ya no puedo más, dame fuerzas para seguir, sin ti no puedo. Pasaron los años, mi madre murió, mis hermanos formaron sus hogares y yo me fui a vivir a Bello con mi esposo y mis hijas. Después de tanto sufrimiento la vida me premió regalándome el hogar que hoy tengo. Otra vez sentí la necesidad de trabajar para ayudar en los gastos de la casa. Cada vez que tuve la oportunidad de ir al parque de Bello a lo lejos observaba un letrero que anunciaba: Confiar Cooperativa Financiera. Un día alcé mis ojos al cielo y desde lo más profundo de mi corazón, y con lágrimas en mi rostro, pedí: Dios, permíteme trabajar allá.

Un día cualquiera entré a esa oficina a pagar la cuenta de servicios y me encontré con la sorpresa de que mi vecina Leidy Loaiza estaba trabajando allí, haciendo las prácticas como informadora. Hoy es asesora de la agencia Guayabal. Pasó el tiempo y Leidy me preguntó si quería trabajar. Le dije que sí, me contó que iban a abrir la agencia Niquía y que necesitaban a una señora para servicios generales, me dijo que me iba a recomendar porque veía en mí a una mujer responsable. Sentí que mi corazón se iba a salir. Lo que tanto anhelaba estaba pasando.

Gracias a Dios y a Leidy estoy en Confiar. Empecé en la agencia Niquía, donde aprendí de cada uno de mis compañeros y crecí como persona.

Después pasé a trabajar en dirección general, en el segundo piso, en gerencia, donde mis compañeros me llaman Dianita o Diana de Gales. He tenido la oportunidad de conocer al gerente corporativo, Oswaldo Gómez, un hombre sencillo, noble. He conversado con él, he compartido un café en su oficina rodeada de libros. Su bastón, que es una vara de madera con una cinta de colores y que suele tener en su escritorio, siempre me ha causado curiosidad. Él me lo aclaró: «Dianita, es un bastón de la comunidad indígena, símbolo de autoridad, un regalo que he aprovechado para mantener la confianza y unidad de cada una de las personas que hacemos parte de Confiar».

Oswaldo... el que trabaja

Beatriz Zuluaga
Directora de Selección

Dada la situación del país, las necesidades familiares y sus ganas de aprender, Oswaldo comenzó a trabajar a muy temprana edad. A los 9 años aprendió el oficio de auxiliar de mecánico, en aquellas épocas en que los menores de edad no tenían restricciones para dedicarse a un oficio y ganar algo de dinero. Visitaba regularmente el taller de don Martín, situado muy cerca de su casa, en el barrio Colombia, buscando la manera de aprender a hacer reparaciones, manejar herramientas y, por qué no, aventurarse en el atrayente mundo de los adultos y los automóviles.

Oswaldo empezó en el taller como ayudante y su labor consistía en entregarle y recibirle las herramientas a su patrón, *San Martín de Porres*, como

le decían por su color de piel. Además, aprendió a parquear los carros de los clientes utilizando tarros de galletas amarrados a sus zapatos para poder alcanzar los pedales. Estudió y trabajó al mismo tiempo hasta finalizar su bachillerato, momento en el que se dedicó por completo a los oficios del taller como mecánico automotriz. A sus 31 años ya contaba con una experiencia laboral acumulada de más de dos décadas.

Su esposa Soraida Adiel, auxiliar de Servicios Generales en la cooperativa Confiar, se enteró de que estaban requiriendo una persona para adecuar las instalaciones de la Dirección General y logró coordinar una cita con las directivas para su esposo. Luego de una entrevista amena y diferente, y gracias a la confianza, Osvaldo comenzó en 1996 a hacer parte de este inventico llamado Confiar y lo hizo como auxiliar de mantenimiento.

Siempre estaba en función de algo: reparando, estucando, resanando, pintando, limpiando, haciendo montajes y viajando por los territorios. Las herramientas que prestaba en las agencias muchas veces terminaban en la oficina del Gerente Corporativo, que tiene su mismo nombre. Adriana Quiroz, por esta época y con el propósito de diferenciarlos, empezó a referirse a Osvaldo Velasco como «Osvaldo el que trabaja»,

evocando así su esencia laboriosa y las anécdotas vividas, sin pensar que esta distinción se institucionalizaría y permanecería muchos años más.

En su trasegar por el sendero solidario fue líder de caminatas, anfitrión de la Casa de la Cultura y el Cooperativismo, y hasta mensajero. Hizo parte del grupo de socorristas de la defensa civil de Belén y también fue brigadista de Confiar. Muchos años aspiró estudiar medicina, pero las improntas de arte y cultura de la Cooperativa tocaron sus fibras e inició una tecnología en dibujo artístico y escultura, que no pudo terminar. No obstante, aprendió a esculpir, pulir, pintar, fundir figuras en cobre y tallar piezas de madera.

Siempre activo y servicial, gentil y cortés, con un afán casi desmedido por hacer. Su rostro siempre amable y vivaz, su cabello canoso, sus ojos cafés y sus gestos hablan por él. Osvaldo representa, entre otras muchas cosas, el personaje impar y polifacético inspirado por la exigencia que promueve el servir como un modo de vida. Incansable y loable su caminar, encarna la simplicidad, la solidaridad y el sentido artístico de la existencia, fue y sigue siendo el verbo que equilibra el bien vivir, y en su autenticidad toca con humanidad y común unidad su entorno, su familia, su trabajo, sus pares y el mundo que habita.

El poder de las cosas simples

Alejandro Benjumea
Gestor de aprendizaje

José estaba feliz por iniciar su último año escolar al lado de sus amigos. Sin embargo, no esperaba que en las primeras horas llamaran a su mamá a la rectoría, lo que podría considerarse como un récord si estas cosas se midieran. El llamado se debió a un rasgo característico del polifacético José Luis Echeverry, su sonrisa alegre, que sin censura desborda a carcajadas e incomoda a las normas convencionales del deber ser. La misma que, al contar su transitar por la vida, brilla como perlas en su tez morena y hace contraer sus pómulos y dilatar las pupilas de sus profundos ojos negros, al compás que peina con sus dedos el cabello del mismo color.

Es un joven que logra empatía con quienes interactúan con él. Se la atribuye a su madre,

Maricelly Baena, un ama de casa incansable con raíces campesinas de La Unión, Antioquia. De ella aprendió la sencillez al hablar y la fortaleza para hacerse escuchar. La voz sonora de José, como su sonrisa, lo han inmerso en un liderazgo natural que se ha ido fortaleciendo con decisiones, acciones y acontecimientos. Vienen recuerdos entre risas y silencios del día cuando, de camino a la procesadora de cárnicos donde trabajaba, se interrumpió la cotidianidad de su vida con un accidente que lo llevaría a valorar aún más el poder de las cosas simples.

Meses antes José estuvo como bola de ping pong. Realizó un curso de manipulación de alimentos, al que se inscribió buscando, como muchos otros jóvenes, darle significado a su destino más que seguir sus deseos. Quería trabajar, pero la obligación con el Estado de los hombres jóvenes que cumplen la mayoría de edad y no la pueden pagar, no puede esperar; así que entró a la policía para cumplir con el fin central de este Estado, la fuerza pública. Fue un encuentro con cantos machistas cargados de odio y estricta disciplina que por un año fueron pan de cada día, y que logró soportar por las cocas cargadas de amor que le empacaba su madre y por la fuerza de lo simple.

Ya con libreta militar en mano consiguió trabajo en una franquicia de helados, donde gracias a

un amigo de bodega y sus helados gratis subió unos kilitos. De allí pasó a la empresa de cárnicos donde desempeñó los cargos de patinador y luego de carnicero, oficio que ejercía en el momento de su accidente. Este día no estaba de afán pues era temprano, pero la poca visibilidad que causan los grandes camiones en las autopistas hizo que se encontrara el infortunado tropiezo.

A la altura de la estación Industriales del metro de Medellín a José le pasó el mundo por escenas al deslizarse por el pavimento, sin sentir dolor, pero presintiendo lo peor. Lo que confirmó al ver que la punta de su pierna no correspondía a la posición de su rodilla. Abrió los ojos después de un largo parpadeo provocado por el sol de medio día que golpeaba su cara. Entre el andén, vehículos, la moto, gasolina y sangre apareció ella vestida de blanco preguntando por su estado y si requería una llamada; por eso su hermano pronto estuvo allí, junto con la ambulancia, para iniciar el largo proceso de atención hospitalaria y recuperación.

Fueron estos meses de recuperación en la casa los que lo obligaron a volver a aprender muchas cosas de nuevo. Recibir cuidados hasta para las necesidades básicas y hacer una pausa en su ritmo de vida le permitieron admirar la belleza en lo esencial, eso mismo que para él solía pasar

desapercibido en los afanes de los días. Para este joven que se podría considerar como callejero, acelerado y *boquisuelto*, este tiempo resultó toda una metamorfosis. Así fue saciando sus deseos de videojuegos y televisión, pero el mundo se le tornó sumamente aburrido. Pasaban los días monótonamente hasta que, una tarde, apareció en su mano un amigo inesperado: un libro.

El monje que vendió su Ferrari, de Robin Sharma, fue la chispa adecuada para el joven bellanita que consigna en su pared blanca de pintura desgastada frases como la de «opinión o hecho», mensajes para la vida en diversas tipografías. Y éstas, como abejas, polinizaron sus ideas para florecer y dieron forma a la decisión de dejar su antiguo trabajo y perseguir el sueño dorado, el de ser su propio jefe, emprendedor, un independiente o como se le quiera llamar a este camino que no suele ser, en la mayoría de los casos, como se le imagina o lo pintan.

Su faceta de emprendedor surgió con la invitación de un amigo al gremio textil, en el que la rentabilidad podría ser alta. Acorde con lo planteado, el negocio creció hasta tener cuatro empleadas y uno de los codiciados locales del centro de Medellín. Pero como los ideales no siempre se sincronizan en la vida como las ondas del agua, las cargas laborales e intereses sobre el negocio

de su socio llevaron a terminar con el plante y a quedar solo con «amor y deudas», como dice la canción de Puerto Candelaria. Amor por el ideal de emprender y deudas con el banco.

Entonces, sin pensarlo, quedó en la situación de muchos y muchas de sus pares, enviando hojas de vida a lo conocido y lo por conocer, midiendo con la vara de la necesidad más que con la razón. Esperando siempre esa llamada de esa persona desconocida que cambiará la vida. Y sí, llegó una extraña propuesta de entrar a un curso formativo de una cooperativa, pero como él no buscaba estudiar, no acepto la propuesta. Días después para sorpresa suya la llamada se repitió y le indicaron que quedaba un cupo abierto, y como ya las páginas leídas le habían hablado sobre el destino, decidió aceptar.

Esta respuesta afirmativa le abrió la posibilidad de encontrarse con la editorial que a la vez es cooperativa financiera, donde fue polifacético al ser anfitrión, *youtuber*, informador, poeta y defensor del medio ambiente. Cada momento con diversos recuerdos que se bañan de alegría y significado al recorrer su casa mostrando a la cámara el piso en cemento con vetas de varios colores. Piso que próximamente tendrá baldosa gracias al dinero que se ganó en un sorteo de mejoras de vivienda para empleados del inventico de Confiar.

Ya hace unos días la vida para José tomó un nuevo rumbo. En sus palabras, «se reinventa», pues da un paso al lado del inventico. Quizás a seguir esos sueños que compartía con sus cercanos de estudiar trabajo social o comunicación u otros que la simpleza de la vida le ha pintado. Quizás no se sabrá nunca la totalidad de las razones de su partida, pero tanto él como Confiar saben que su encuentro los cambió. Los impregnó de esencia en el hacer de sus días, los acogió con el saber de todos los conocimientos compartidos y llenó de sentido su ser, desde la simpleza de las pequeñas cosas que cambian las vidas de tantas personas.

La urgencia de vivir

Olga Lucía Cano
Analista de Gestión Humana

Una tarde de mayo del año 2000, don Elkin, el rector del colegio, entró al aula de clase. Su mirada reflejaba tristeza, su rostro estaba enrojecido y en sus manos temblorosas llevaba una hoja de papel cuyo contenido cambiaría mi vida para siempre: desplazamiento y despojo de tierras como estrategia paramilitar, una práctica de guerra que me dejó profundas cicatrices. Las palabras de don Elkin retumbaban en mi cabeza: «Tienen plazo hasta las cinco de la tarde para desalojar las veredas; quienes incumplan las instrucciones serán objetivo militar». Y ahí estaba yo, una niña de trece años, de piernas largas, ojos saltones, sonrisa amplia y un espíritu inquebrantable, intentando sortear con dignidad, como tantas otras veces, la condición de

víctima del conflicto armado. A mi corta edad había presenciado un asesinato, había sido utilizada junto a mis compañeros de clase como escudo humano y en varias ocasiones estuve justo en medio del fuego cruzado, sintiendo muy de cerca la muerte.

Aquel día de mayo volví a sentir la fragilidad de la vida, tenía miedo, me dolía el estómago, las manos me sudaban y sentía muchas ganas de vomitar. Me senté en una silla situada al lado de la ventana y empecé a contemplar los árboles, me concentré en el sonido de los pájaros y el vaivén de las hojas que, con frenesí, movía el viento. Me desconecté de la realidad y por un momento llegué a sentir paz. De repente sentí que mi cuerpo se sacudía y una voz me gritaba con fuerza. «¡Olga, Olga!, ¡vámonos!, ¡corra!, papá y mamá nos están esperando». Era Héctor, mi hermano mayor, que con desesperación me llamaba. Me tomó de la mano y me arrastró con fuerza hacia la salida. Empecé a caminar rápido, al lado de mis compañeros; éramos 300 estudiantes que sin entender, sin derecho a preguntar y a paso ligero huíamos, sin tener la culpa de nada. Mi colegio estaba ubicado en la zona rural del municipio de Cocorná, era una estructura pequeña, pintada de color beige y rojo, las aulas de clase contaban con grandes ventanales que nos regalaban una

vista fantástica a esas montañas que llevaría para siempre grabadas en mi memoria.

Me abracé con fuerza a mis amigos, lloramos en silencio, nos miramos a los ojos y prometimos volver a vernos, sin saber que ese día, para muchos, sería una huida sin retorno.

Cuando llegué a casa mis padres tenían empacadas unas cuantas pertenencias en un costal y al lado estaban Vicki, mi gata, y sus siete hijitos recién nacidos e indefensos, mientras se alimentaban, ella me miraba y maullaba con fuerza, parecía intranquila, como si entendiera lo que estaba a punto de suceder. Me acerqué, la tome en mis brazos, la acuné como solía hacerlo siempre, cerré mis ojos y llorando le pedí perdón una y mil veces.

El sol se estaba ocultando y el canto de los grillos y las chicharras estaba iniciando, un sonido que para siempre representaría una profunda melancolía. Parados en la autopista, mientras esperábamos quién pudiera recogerlos, me abracé a mi familia y en silencio contemplamos El Paraíso, nuestro hogar, el centro recreativo de la cooperativa Confiar, donde trabajaba mi papá. No pasaron cinco minutos y nos subimos a un bus escalera atiborrado de cajas, costales, estructuras de camas, sillas, mujeres embarazadas con sus bebés en brazos, niñas, niños cargando a sus

mascotas, gallinas y racimos de plátano colgados de las sillas, ancianos rezando el rosario y madres llorando a los hijos que no alcanzaron a abandonar sus tierras. Ese día emprendí un viaje largo y doloroso, y las historias construidas seguirán doliendo porque están en mi corazón.

Aurita: la generosa, la feminista

Jenny Giraldo García
Directora de Género

Aurita caminaba por La Playa con Junín, usaba medias veladas de compresión, falda verde oscura a la rodilla, zapatos negros, ‘como de monjita’, un buso café desabotonado, camisa gris de la que se alcanzaban a ver los botones y el cuello, y un bastón en el que se apoyaba mientras iba dando pasos lentos antes de llegar a la Agencia de Confiar Primero de Mayo. Atravesaba el primer piso saludando, subía las escaleras con parsimonia, hacía pequeñas estaciones para descansar sus rodillas, retomaba el camino, volvía a saludar con esa voz grave y dulce, de locutora de radio, sonreía y dejaba ver sus dientes entre los labios rodeados de arrugas.

Esas arrugas, esos labios, esos dientes y, sobre todo, esa voz, fueron protagonistas y soportes

de una vida construida en libertad. Ella, desde joven, entendió que ser mujer la ponía en una situación de desventaja, a pesar de su ingenio e inteligencia. «Yo quería ser un hombre» declaró en el documental *Aura*, pero sabía que eso no tenía que ver solo con ella sino con todas las mujeres. Por eso, el feminismo ocupó buena parte de su reflexión y de su forma de vivir. Durante muchos años, como columnista, puso el dedo en la llaga con temas de los que siempre es difícil hablar.

Escribió sobre las limitaciones de las mujeres dedicadas a los trabajos del cuidado: «No será posible la claridad y la afirmación en el terreno erótico si antes no se ha librado la batalla dentro de los asfixiantes muros de la cocina». Escribió sobre la esclavitud de los cuerpos femeninos para responder a los estándares de belleza: «Solo algunas entenderán el mecanismo de toda esa fabricación: horas enteras en el gimnasio, todos los días, masajes, dietas, cirujanos que controlan cada centímetro de piel y que agregan, suprimen, miden, calculan, modifican, dibujan, aumentan, disminuyen». Escribió sobre el machismo de la religión: «Confinadas en el templo a simples labores de sacristía, repiten dentro del marco religioso el esquema general que la sociedad le traza a las mujeres, y terminan por ser solo apéndices y sombra de un orden masculino que las mantiene relegadas».

Estas palabras, que hacen parte de diferentes columnas recogidas en la selección *Mujer y tiempo*, libro editado por el sello editorial de Confiar, son expresión del pensamiento vanguardista de Aura López, la mujer que a sus 81 años bajaba caminando por la Avenida La Playa para llegar a su oficina en la sede principal de Confiar.

En un país que rechaza y aísla a sus viejos, es extraño que ya en la octava década de la vida, una mujer se convierta en trabajadora y firme un contrato con alguna institución, y seguramente estamos hablando de la persona más vieja que haya pasado por los puestos de trabajo de Confiar. Una mujer de oficios varios: librera, lectora, locutora y gestora cultural. Cuando conoció la Cooperativa, ya llegando a los ochenta, pidió trabajo. Se hizo amiga de Oswaldo Gómez, el gerente, gran amigo de los libros que frecuentaba la librería de Aguirre, personaje reconocido como uno de los intelectuales más polémicos del Valle de Aburrá y compañero de vida de Aurita. Escuchando a Oswaldo, le fue gustando la Cooperativa y el trabajo de la Fundación, pues le gustaba hablar con la gente, leer en voz alta, hacer preguntas y poner a la gente a pensar. Y dijo, según cuenta una empleada que compartió con ella: «es que yo quiero un trabajo, quiero una oficina, quiero cumplir horario». Y a través de la Fundación y de su amiga Martha Restrepo

Brand, Aurita, ya cerca de los 80, fue contratada como promotora cultural.

Cuando llegaba a la oficina, a la gente le preocupaba esa combinación de bastón, rodillas, ocho décadas auestas y tres pisos de escaleras. Pero ella, con esa voz medio ronca y unas risas más bien sonoras, decía: «¡Si usted viera las escaleras que yo tengo que subir para llegar a mi casa!» Y algunos lo quisieron comprobar. Oswaldo cuenta que fue hasta Niquitao, al Palo con el Huevo, como se conoce un pequeño cruce de calles en el centro de Medellín, y vio las escaleras estrechas, empinadas y en forma de caracol que llevaban a Aurita hasta su casa. Pensaría uno que, para una mujer como Aurita, este era un sector extraño, pues se trata de una zona bulliciosa, congestionada, contaminada y, por momentos, hasta insegura, pero ahí tuvo su morada hasta los penúltimos días de su vida.

Llegando la hora del medio día, tras bajar con lentitud los tres pisos de escaleras, volver a atravesar el primer piso de la Agencia Primero de Mayo y regresar al camino de La Playa, Aurita iba a almorzar al restaurante Versailles, en la calle Junín. Un día como cualquier otro pidió su almuerzo y una cerveza —¡porque siempre pedía cerveza! Hay hasta una colección de fotos dedicadas a Aurita y su pasión por esta bebida—,

una mujer la acompañó en la mesa y Aurita pidió para ella otro almuerzo y le entregó algunos billetes. Don Leo, el dueño de Versailles, vio la escena. La vio una vez más, porque eran muchos los días en los que se había repetido. Pero esta vez hizo una llamada y dijo: «No me gusta esa mujer, me parece que está aprovechándose de Aurita». Tras indagar, descubrieron que era la mamá de un jovencito que había conocido mientras fue gestora en uno de sus antiguos trabajos, quizás en el Jardín Botánico o en el Museo de Antioquia. Aurita era generosa con su dinero, no tenía límites, y hay quienes sabían esto. Al parecer, aquella señora lo sabía. Por eso, cada día, la acompañaba a almorzar y le recibía dinero. Las personas más cercanas comenzaron a prestarle atención: «no se le daba nada pagar una mínima con un billete de veinte mil y decirle al taxista que dejara así», recuerda Oswaldo. En esos últimos años, Aura necesitó mucha atención y cuidado, que muchos de sus amigos y amigas de Confiar estuvieron dispuestos a entregarle.

Pero además del dinero fue generosa con la palabra y la voz. Relatos sobre la escuela, ella que fue hija de maestra; un reportaje sobre El Peñol, ella que fue de paseo y se quedó varios años acompañando la militancia cívica de la gente de un pueblo que recién había sido inundado para

convertirse en represa; una serie de columnas feministas publicadas en diarios conservadores de la región, ella que fue feminista, que habló del aborto, de la libertad del cuerpo y del pensamiento de las mujeres cuando todavía daba miedo y hasta era pecaminoso levantar la voz así.

Hoy en Confiar podemos decir que Aura López nos abrió el camino para pensar con perspectiva de género, para ponernos las gafas violetas, esas que ella hubiera lucido con gracia, esas que siempre tuvo a pesar de no saber, quizás, que así le llamaban algunas feministas a su forma justa, crítica y vanguardista de ver el mundo.

Raquel, una mujer sin miedo

Wilman Rúa
Gestor Social Sólida

Raquel Mena tenía catorce años cuando su padre se enfermó y su mamá se quedó sola con nueve hijos en San Francisco, un corregimiento de Quibdó, que ella describe como un paraíso. Tuvo que venir a vivir a Medellín atendiendo el llamado de su tía Minerva Mendoza, que le sentenció a su madre: «Mándame a una de tus hijas y yo te la ayudo a criar».

Y es que la cultura afro que tanto reivindica Raquel se caracteriza por los fuertes vínculos familiares y el sentido de solidaridad. Es así como llegó al barrio Niquía Camacol, en Bello, en el mes de enero de 1976. Aun extrañando el río y el aroma fresco de los bosques del Chocó, tuvo que adaptarse rápido, enfrentarse a la nueva vida y comenzar a trabajar.

Estudió bajo la modalidad semiescolarizado en el colegio Teresiano de Envigado, donde las monjas de esta comunidad le permitieron asistir a clases los fines de semana a cambio de trabajar de lunes a viernes atendiendo los oficios varios. De esta manera culminó sus estudios de primaria y cuando comenzó los de secundaria siguió trabajando. Todo su bachillerato se lo costeó laborando como niñera, al tiempo que fue descubriendo en esta etapa de su vida su pasión por el trabajo comunitario.

El sentido de liderazgo lo heredó sin duda de su padre Hipólito Mena, un hombre que nunca fue a la escuela y sin embargo sabía leer y escribir, además de que era una persona muy culta y siempre se relacionó con personas muy importantes, según cuenta ella. Por esta razón era identificado en su comunidad como un líder y todas las familias acudían a él para que les ayudara a solucionar cualquier inconveniente que tuvieran.

El liderazgo de su padre quedaría por siempre en la piel negra y en lo más profundo de los genes de Raquel. Un día, siendo ya mayor y con una hija en brazos, decidió irse a Vallejuelos, un barrio autoconstruido por familias que huían de la violencia y también de la pobreza. Y es que las laderas de Medellín terminan siendo habitadas por las familias expulsadas del capitalismo

neoliberal, allí donde los límites entre lo rural y lo urbano son difusos. Ellas suelen encontrar en estas montañas un lugar donde construir su sueño de tener vivienda propia. Así emprendió su nueva travesía.

Llegó al sector número 6 de Vallejuelos, ubicado en la Comuna 7 de Medellín. Construyó allí su vivienda en madera, como si tratase de reproducir la casa familiar que había dejado años atrás en Chocó. Era un espacio de setenta metros cuadrados aproximadamente, con tres habitaciones lo suficientemente amplias para albergar a su familia. Uno a uno fue trayendo a sus hermanos y hermanas, quienes con el tiempo y a pulso se hicieron profesionales en Medellín, algo de lo que ella se siente profundamente orgullosa. Mientras lo cuenta, deja salir una sonrisa en su rostro.

No obstante, habitar un asentamiento informal en Medellín implica estar alerta siempre. A los intentos de desalojo, que fueron enfrentados valientemente por las familias prestando guardia día y noche, se sumaron los constantes incendios provocados por las condiciones precarias y los materiales inflamables de las viviendas. En el 2000 las llamas consumieron cerca de 200 casas. La noticia se propagó tan rápido como el fuego, a tal punto que Raquel se enteró en su lugar

de trabajo, una fundación donde le permitieron ejercer su labor comunitaria. Sus compañeras le avisaron que en su barrio había ocurrido una tragedia, que se fuera para ver si su casa estaba bien. Afortunadamente cuando llegó la encontró intacta, pero el panorama la conmovió tanto que decidió desde ese momento que el propósito de su vida era ayudarles a las familias a conseguir su propia vivienda.

Funcionarios de la Federación Nacional de Vivienda Popular, Fenavip, llegaron a Vallejuelos a organizar a la comunidad para generar soluciones de vivienda. Raquel, quien también venía participando del movimiento afrodescendiente en Medellín, asumió la tarea de convocar a las familias para crear la Organización Popular de Vivienda, OPV. A su llamado acudieron alrededor de 70 mujeres afrodescendientes. La que menos hijos tenía era Raquel, que solo contaba con una niña. La mayoría trabajaba como internas en casas de familias o se rebuscaban el diario en las calles. Como dice Raquel, ¿quién dijo miedo?

En este contexto nació hace dieciocho años la organización popular de vivienda Asafvides —Asociación Afroantioqueña de Vivienda—, liderada por ella. Desde entonces, junto con las mujeres que la integran, se han dedicado

a mejorar las condiciones de vida de las familias que habitan los asentamientos informales de Medellín. Raquel manifiesta que le llena de orgullo saber que a través de la gestión de la Organización varias generaciones de familias han conseguido su propia vivienda.

Raquel manifiesta, no obstante, que la gestión de las organizaciones populares de vivienda en Medellín no ha sido nada fácil. Recuerda con emotividad cuando pensaron hace once años en construir la urbanización Villa Canela, un proyecto de vivienda de interés prioritario para 250 familias inicialmente.

Villa Canela nació desde el principio como un proyecto de vivienda diferente, tan diferente que cuando les presentaron el proyecto a los funcionarios de la administración municipal, algunos se rieron y las llamaron ilusas. Y es que no concebían que un proyecto de vivienda para familias afrodescendientes y *pobres* pudiera tener, por ejemplo, ascensores, como si la posibilidad de pensarse un mejor porvenir estuviera negado para quienes venían de las laderas de la ciudad.

Villa Canela debe su nombre al matiz del color de la piel de quienes como Raquel han llevado sobre sus hombros no solo la gestión de los recursos, sino también la construcción de cada muro, la instalación de cada ventana y puerta, las

inagotables jornadas de lucha para que, infructuosamente, un banco les financiara el crédito para seguir adelante con su sueño. Pero Villa Canela, un proyecto de vivienda diferente, tenía que encontrarse en el camino con Confiar, una cooperativa también diferente. En 2018, y gracias a la gestión de Coodescom y de los líderes y lideresas de las OPV que integran el proyecto, solicitaron el apoyo financiero de la Cooperativa para continuar construyendo el gran sueño.

Raquel recuerda aún con escalofríos el día en que Confiar decididamente aprobó el crédito constructor y además delegó en Sólida la gerencia técnica del proyecto y la gestión social. Este hecho sin duda se convirtió en un hito fundamental en todo el caminar de Villa Canela. Este proyecto tiene además escritas historias de dolor como la pérdida de la libertad de dos de sus fundadoras, doña Ruby y Ana Cecilia Casafús, esta última representante legal de la Asociación Unifac, que perdió la vida luego de padecer un cáncer mientras estuvo en detención domiciliaria. A esos dolores irreparables se sumó que 47 familias de las 250 iniciales quedaron por fuera del proyecto porque Planeación Municipal autorizó un número más limitado.

Y Raquel Mena siempre con su tenacidad chocona y la tranquilidad que inspira su mirada,

le hace frente a cada obstáculo. Su cabello es una huella indeleble de su legado afro, ese que la hace una mujer de roble. Quién dijo miedo es lo que se suele preguntar cada vez que una adversidad toca la puerta. Cuenta con orgullo que el proyecto de Villa Canela está a punto de ser entregado a 202 familias. Lo dice mientras hace una pausa en sus labores como capacitadora en convivencia. Tanto esfuerzo, tantos desvelos, termina diciendo, han valido la pena.

A la brisa, el pecho

Cristina Londoño Chavarriaga
Directora de Gestión Humana

Un asunto que marca la existencia de los seres humanos es el tiempo que se comparte en familia, y con especial insistencia en la infancia. Esta situación marcó uno de los grandes momentos de la vida de doña Adriana Quiroz, como es conocida hoy en Confiar. Sin lugar a dudas lo vivido en su infancia ha determinado su carácter decidido y valiente, su mirada generosa y su capacidad de situarse donde el universo la vaya colocando.

Nació el 4 de enero de 1963 en el municipio de Cañasgordas, Antioquia. Es la cuarta de seis hermanos y la primera mujer (son cuatro hombres hermanos y una hermana). El papá era un hombre de campo con vocación de comerciante. Tenía un puesto en la plaza de mercado: vendía

frijol y maíz; así se rebuscaba la plata. Dirían hoy algunas personas que su mamá no trabajaba, pero Adriana sonriente recuerda todo lo contrario: «Ha sido ama de casa y demasiado trabajadora, trabajaba más que mi papá, que no me escuche».

Doña Celina siempre ha sido una mujer trabajadora que supo buscar las maneras en las que sus hijos e hijas pudieran estudiar y salir adelante, una mujer de creencias firmes y muy querendona. Así los años hayan menguado el ritmo de sus actividades, hoy Adriana la ve feliz y demasiado amorosa.

Adriana nació en una familia empobrecida, no pobre, pues era una familia con muchísimo espíritu, fuerza, amor y solidaridad. Una familia que se acompaña y se quiere mucho. Al papá y a la mamá les tocó vivir la guerra entre liberales y conservadores, y sus familias fueron desplazadas de sus pueblos por el conflicto colombiano.

Recién casados, los padres de Adriana vivieron en Copacabana, pero la situación económica los hizo regresar a Cañasgordas. Allí Adriana vivió hasta los 7 años con su familia. A partir de ese momento, su mamá toma la decisión de dejarla con la tía Margarita para irse a Chigorodó. Se fueron todos y todas, menos Adriana.

Empezó a estudiar muy joven para la época. Ella siempre se ha reconocido como una persona

adelantada, precoz y desde niña con un gusto por las cosas de las personas adultas: la lectura, los libros, las conversaciones, las revistas, la prensa, las preguntas, las cartillas. Al crecer en medio de los tíos y la tía, estos intereses se afianzaron.

Matricularon a su hermano Israel Alberto en el colegio en primero elemental en 1969, en este tiempo no había guarderías ni preescolar. Adriana entonces lo acompañó como asistente y así comenzó a estudiar. Luego se enfermó, y lamentablemente no lo pudo volver a acompañar.

La profesora Carola Muñoz no solo le pegaba con una regla por ser zurda, también la invitaba a declamar en el colegio. Adriana fue de las primeras y únicas que empezó a leer rápidamente mientras acompañaba a su hermano a clase, además siempre le ha gustado la poesía y el estudio, dos grandes placeres que encontraban lugar y privilegio en los salones del colegio. Logró pues por estas razones continuar los estudios después de superada su enfermedad.

Siempre su pasión ha sido estudiar, estudiar y estudiar; casi de manera obsesiva se levantaba en la madrugada a leer, tanto que se estaba volviendo a enfermar por la angustia, el cansancio y por no dormir lo correspondiente para su edad. El doctor le dijo en ese momento que estaba muy pequeña para esto, que si no se controlaba no

podría volver al colegio. Con esta advertencia logró regular su ansiedad, conciliar el sueño y dormir más o menos bien.

Un dolor profundo que la acompañó por mucho tiempo fue la separación a tan temprana edad de su familia. Hoy esta situación ya no la agobia y con el tiempo dejó de preguntarse por qué la mamá la dejó con la tía y se fue con los otros cuatro hijos y la otra hija para Chigorodó, aunque reconoce que este episodio le ha marcado su existencia.

La mayor parte de la primaria la estudió estando con la tía Margarita en Cañasgordas. En vacaciones iba a pasear a la casa de su mamá en Chigorodó y se encontraba con que sus cuatro hermanos y su hermana se habían ido a pasar unos días donde los tíos y la tía. Asimismo, el papá y la mamá estaban a cargo de los negocios, por lo que compartir con ellos se convertía en un asunto complejo.

El bachillerato lo inició en el Colegio Agropecuario de Chigorodó, el clima le afectó nuevamente su salud. Se enfermó y la enviaron a estudiar a Bello, allí cursó primero y segundo de bachillerato. En ese tiempo vivió con otro tío.

Adriana regresó a los doce años a Cañasgordas y estudió tercero y cuarto de bachillerato acompañada nuevamente de la tía Margarita. Su tía

es la única hermana de la mamá y es como una segunda madre para ella. En quinto de bachillerato regresó a Chigorodó, en el fondo como un reclamo a la cercanía con su mamá, ambas se echaban en falta y de manera natural siempre se extrañaron mutuamente... Lo que Adriana no entendió del todo es por qué fue ella la que tuvo que moverse de lugar y no sus hermanos o su hermana.

Su mamá y su papá poco la conocían en esencia. Tanto en la primaria como en el bachillerato Adriana se destacó en los grupos, hizo parte del comité estudiantil, del comité cívico, fue monitora de clase durante todo el bachillerato. Se describe así misma como una mujer siempre en función de las causas colectivas.

A los quince años organizó y lideró marchas estudiantiles, y claro, doña Celina y don Israel no conocían esta faceta «revolucionaria» de Adriana. A la mamá casi le da un soponcio cuando la vio encabezar estas revueltas y verla en un camión de militares yendo a imprimir boletines estudiantiles en una sede militar que, si mal no recuerda, se llamaba la Maporita, hoy perteneciente al municipio de Carepa.

El papá y la mamá no fueron capaces de soportar este asunto y la volvieron a mandar a Bello, donde terminó el quinto de bachillerato en 1978.

Al año siguiente dos de sus hermanos mayores también se fueron a Bello a estudiar y esto movió a doña Celina a irse a vivir con sus tres hijos.

Adriana volvió a convivir con su mamá hasta sus 22 años, edad en la que se casó. Cinco años de convivencia en los que tuvieron algunos choques y dificultades, naturalmente fundados en que poco habían convivido. Cuando empezó a trabajar, mientras estudiaba su último grado de bachillerato, pudo empezar a aportar para que las condiciones de la familia fueran mejores. La relación con su mamá mejoró poco a poco en la medida en que fueron compartiendo más asuntos.

Desde muy pequeña se ha rebuscado la vida, aprendió a defenderse y a viajar sola. Adriana se ha visto siempre distinta a sus hermanos y hermana por su experiencia de vida, sin embargo, hoy la relación es bastante cercana con toda la familia.

Siempre está en búsqueda, con mucha capacidad de lucha, en movimiento por los sueños y con una insatisfacción por las realidades que no se corresponden con ellos. Subirse a un bus con su ropa en una caja de cartón a los 7 años para irse a otro lugar lejos de su familia es una de las imágenes recurrentes al pensar en su infancia.

Su primer trabajo formal fue en un almacén de telas que se llamaba Tres X, allí trabajaba los fines de semana. A finales de 1979 se retiró para trabajar como secretaria de un psicólogo por correspondencia, este trabajo no lo disfrutó y sin embargo permaneció en él 3 años. Ahí se escampó mientras terminaba sus estudios de Delineante de Arquitectura.

En 1982 oficializó su relación con su gran amigo Sergio. El vigilante del edificio La Ceiba le comentó a Sergio que estaban buscando una secretaria en Confiar, él le comentó a Adriana y ella le respondió que ella no era secretaria, que ella solo era chuzógrafa. Finalmente, ante tanta insistencia, y con un poco de pena, accedió y se presentó.

Pasó el proceso de selección y empezó muy asustada. Inició en la Cooperativa en 1983, un 28 de febrero. Llegó a este lugar que hoy define como privilegiado, y en el que su motivación también fue pensar que ganar \$1.000 más supondría un gran avance para su familia (en su anterior trabajo ganaba \$8.500 aproximadamente). La decisión de trabajar en Confiar la tomó en consenso con su mamá.

Llegó a una empresa donde eran solo cuatro personas que se sentaban en una mesa redonda a

trabajar, a plantear el quehacer, a construir empresa. Un espacio donde estaba todo por hacer, lo que le llenó de temor y miedo porque su imaginario de empresa era otro. Finalmente, encontró un espacio donde las cuatro personas que estaban en ese momento, «Don Gómez, Blanca Estella y Dora Elena», tenían una forma de vivir muy peculiar y muy en sintonía con las maneras, la personalidad y el carácter de Adriana.

Este choque supuso resignificar las relaciones laborales, los espacios de las empresas y el imaginario sobre el trabajo. Sentir que le preguntaban, que la tenían en cuenta, independientemente de que aún se sentía «menor de edad», la hacía sentir reconocida y acompañada. Encontró en Confiar, hace 38 años, un papelógrafo en blanco para construir con personas apasionadas, entusiasmadas, comprometidas y convencidas de un proyecto solidario.

Trabajando en la Cooperativa, se dio cuenta de que tenía que fortalecer los conocimientos en administración ante esta nueva realidad. «Una cosa es lo que una desea y otra es la que el universo le pone». Cursó Administración de Empresas de Economía Solidaria al mismo tiempo que nacieron sus hijos Natalia Andrea y Sergio Andrés. La actitud de estudio y aprendizaje siempre ha estado, pues en su trayectoria laboral no ha dejado de realizar diplomados, cursos y

formaciones que dan respuesta a las exigencias del cargo: formación financiera, en riesgos, gestión estratégica, en calidad...

En 1987 nació su hija Natalia y se casó en el 2011 con 24 años. Situación que hizo entrar en shock a Adriana porque su hija todo el tiempo le dijo que se casaría a los 40. En este momento se hizo consciente de su ausencia en el crecimiento de sus hijos, del disfrute de su hogar y de su espacio. En el 2012 se dieron cuenta de la enfermedad de su esposo y a partir de este instante le dio un giro la vida para aprender a cuidar y a cuidarse, adoptó hábitos de vida saludable, de alimentación sana, de economía doméstica, de cómo llevar una vida más liviana y ligera de equipaje.

Un 6 de agosto, previo al aniversario de boda de Adriana y Sergio, estaban cenando para celebrar en familia. Su hija Natalia abrió la celebración diciendo que les iba a dar el regalo de aniversario: les entregó la ecografía de Ana Lucía.

Ana Lucía, su nieta mayor, nació el 1 de marzo de 2017 siendo muy anhelada y deseada por toda la familia, especialmente por Sergio su abuelo. Adriana tenía más controlado el anhelo, quizá como mecanismo de defensa por las dos pérdidas que habían sufrido.

Ese 1° de marzo de 2017 se vistió de blanco y de fiesta. Se compró un vestido pintado a mano

para recibir con alegría este bello milagro para la familia. Buena parte de las cosas bellas que le han pasado a Adriana coinciden en fechas cercanas al mes que advierte la primavera; energía fresca, ligera y espontánea que ha impregnado su esencia y su ser para hacer otro mundo más vivible para todas las personas. Ve en sus nietas Ana Lucía y Elena, quien nace en 2019, el rostro de las futuras generaciones por las que se compromete cotidianamente.

Su conocimiento como Delineante de Arquitectura sintió que lo aplicó realmente cuando se decidió remodelar la primera sede situada en Sucre. En este momento fue responsable de los servicios administrativos de Confiar. Fue un tiempo de trabajo apasionado, comprometido y brillante, que le hizo ganarse la confianza incluso del Consejo de Administración.

En este rol le correspondió hacer el montaje completo de la Oficina Itagüí en 1992. Tanto así que terminó siendo la directora de la agencia, es decir, la montó y le tocó abrirla sabiendo absolutamente todo lo de la oficina, menos cómo ser directora. En un escritorio de casi dos metros de ancho, con las manos en la cabeza, y sin saber por dónde arrancar, le correspondía entrevistar a quienes harían parte del equipo de trabajo de la

oficina. Este día se seleccionaron la secretaria y el cajero. Adriana se encargaba de la inducción y Jorge Echeverri, con quien dio apertura a la agencia, les mostraba toda la parte operativa.

Este momento fue muy complejo y al mismo tiempo muy importante, porque además de que tuvo que chicar agua por un daño en la oficina, no tener modelo de apertura, no conocer la tasa de interés que se iba a dar, tenía que hacer frente a los conocimientos que necesitaba para poder superar la angustia y desarrollar su trabajo.

«Don Gómez», como ella llama al jefe, llegó a la oficina un día al medio día, le vio la cara de angustia y le respondió con contundencia ante la solicitud de que reconsiderara si era la persona adecuada para dirigir la Oficina de Itagüí. Algo así le dijo: ¿Qué?, ¿ese puesto te va a quedar grande?

Finalmente aceptó entregarse una vez más a estudiar todo lo que no manejaba de la operación de la oficina, mientras su compañero Jorge que sí lo controlaba disfrutaba de sus vacaciones. En definitiva, todo lo que no sabía hacer Adriana era todo lo que tenía que ver con caja, tecnología y el cuadro operativo de la oficina.

Estuvo seis meses en la agencia Itagüí y la entregó para abrir la Agencia Colombia en octubre de

1992. Un reto más que asumió con compromiso y conocimiento y que la llevó a convertirse en la persona que daba apertura a todas las agencias hasta 1999 que entrega la primera oficina en Tunja.

En este mismo año se aprobó un plan de desarrollo que incluyó el cambio de razón social, de Confiar Caja Cooperativa se pasó a ser una cooperativa abierta, con autorización para ejercer la actividad financiera, reconocida dentro de la estructura del estatuto orgánico financiero como cooperativa financiera. Esta intención estuvo acompañada del fortalecimiento de la presencia de Confiar en Medellín y su Área Metropolitana, así como en los municipios polo de desarrollo en las regiones y subregiones de Antioquia.

En este tiempo, en medio de la crisis del sector cooperativo, a Adriana la ascienden a directora de control interno. Le correspondió coordinar, hacer el seguimiento y control de tecnología y operaciones. La Cooperativa empezó a ser vigilada por la Superintendencia Financiera de Colombia, con todo lo que esto supuso. Otro reto que no le quedó grande, gracias a los trasnochos estudiando las normas nuevas, cuadrando cartera, haciendo balances.

Aprendió a conocer muy profundamente la Cooperativa y se convirtió en el puente con la

Superfinanciera. Fue una época altamente compleja y dura que no solo la talló, sino que la puso a prueba en el talante, en la fortaleza, como ella hoy lo expresa: «tuve perrenque».

Este tiempo fue para Adriana como hacer un doctorado y, al mismo tiempo, una suerte de viacrucis. Tuvo manejo, conocimiento, capacidad de gestión, entrega y relacionamiento. Además, siempre le acompañó su creencia profunda en que nada es casualidad, que todo hay que agradecerlo porque las cosas se dan como se tienen que dar, siempre para bien.

Su placer por la música lo entrega con amor al legado de lo que es la Cultura Confiar hoy. En diferentes espacios insistió amorosa para que la pasión, el amor, la lucha y la perseverancia que lleva consigo el proyecto solidario y cooperativo de Confiar se acompasaran en los acordes de Víctor Heredia, uno de sus cantautores favoritos, en lo que se reconoce hoy como el himno de Confiar: El Misterioso Dragón.

Hoy reconoce con entereza que a lo largo de estos años su mayor aprendizaje ha sido descubrir que no es la princesa del cuento de hadas, que es el ser humano que sencillamente es. Descubre en cada paso que puede permitirse el lujo de no ser perfecta, de equivocarse.

Cuando se mira en el espejo ya no busca la que fue, le sonríe a la que es, se alegra del camino andado, de los errores cometidos y los aciertos disfrutados. Se alegra de apostarle plenamente a lo que cree, y de saber que está convencida para seguirlo haciendo.

Adriana, esa mujer de movimientos enérgicos, piel luminosa y cuidada, hombros que se balancean al ritmo de sus sentimientos, pies que no se detienen, ojos que no callan ni la alegría ni el dolor, manos firmes y seguras que abrazan con ternura los sueños y las personas que rodean su realidad. Cabellos libres, ropa creativa y bella, conversaciones profundas que revelan a una mujer que siempre ha sabido que, A LA BRISA, EL PECHO.

¡Perdón, Fernando!

Andrés Mauricio Marín Correa
Director de Gestión del Conocimiento

«Digita tu clave por favor», me dice él con su gruesa y serena voz. Oprimo el botón verde, recibo cien mil pesos en billetes de veinte y también su respuesta gentil. Ya van tres veces en las que Fernando me contesta que no sin decir no. Le insisto una vez más para que escriba en La Caja Verde y su evasiva me deja un hueco enorme en forma de pregunta: ¿Por qué este man no quiere, si escribe tan bien? Sonrío y me retiro de la caja. No necesitaba el dinero, solo iba como un sediento cazador detrás de sus letras.

Voy y vengo entre los días, y de camino por la agencia Primero de Mayo su presencia me recuerda que aún no logro el sí que anhelo sea escupido de su pecho. Ese que persigo desde el día que leí algunos de sus poemas; después de que

alguien me dijera que Fernando escribía y que había ganado un concurso nacional de poesía.

Un día del año 2004, de esos muchos en que regresamos a casa luego de las labores, Fer escuchaba la radio y un famoso locutor anunciaba el concurso. Se trataba del Premio Nacional para Poetas Jóvenes Isaías Gamboa, el mismo que unos meses después estaría recibiendo en Cali, a pesar de que había enviado sus poemas sin pretensión alguna.

El hijo de José Luis Henaó, un mecánico industrial, y de Alba Del Río Del Río, administradora del hogar, ganó un premio que ya venía cultivándose desde su infancia, cuando le regalaron el libro que le animaría a la lectura: *Dalia y Zazir*, de Jairo Aníbal Niño, o cuando en la juventud su amigo Gustavo Ochoa lo invitó al semillero de poesía en la Universidad Pontificia Bolivariana, dirigido por la profesora Inés Posada.

Al parecer el destino va dando puntadas de lo que será. Así que ya la historia anticipaba que la piel del alma de Fer se vestiría de letras pues en el año en que nació se cumplían cien años de la muerte de su bisabuelo, el escritor Miguel Ángel Del Río Osorio, quien además aportó en 1950 el diseño de la tipografía al popular logo de los cigarrillos Pielroja, esa ilustración del famoso caricaturista Rendón; o cuando su padre

fue nombrado administrador de una de las sedes de la Librería Continental. Pero sin duda, su labor como alfabetizador en la biblioteca de Comfama de San Ignacio le acabaría de empar de esta sed por leer. «Me acuerdo de que el coordinador de alfabetizadores nos decía que no podíamos leer y para mí eso era como decirle a un niño en una dulcería que no comiera dulces; así que leí todo lo que pude». Por sus ojos y sus manos pasaron el peruano Jorge Eduardo Eielson, el cubano Eliseo Diego, el argentino Juan Gelman, el uruguayo Mario Benedetti y el mexicano Jaime Sabines.

Por aquella época, Fer salía de la biblioteca y se iba caminando hasta su casa en el barrio La Milagrosa de Medellín. En el recorrido de una hora estaba presto a la belleza, veía cualquier cosa y encontraba una idea. Entre tanto, iba escribiendo en su mente poesías, las repetía una y otra vez hasta que llegaba a casa y las descargaba en un papel.

Este hombre de 37 años, siempre amable en su trato, de piel blanca y ojos pequeños, quizás para atender el llamado que reza que la poesía quiere que te detengas en eso que solo tú puedes ver, le escribía al tiempo, ese que llama el invento más despiadado, ese que hoy no le permite recordar su primer poema, que según sus palabras debió

ser horrible, ese que hoy le da unos minutos para enviarme sus textos por correo electrónico, para remecerme, porque sus líneas son telúricas, cuentan deseo, sorpresa y miedo, con esas grandes y bellas manos con las que también cuenta billetes todos los días desde que llegó a Confiar en el año 2015.

En su correo me escribe:

Anécdota: Mientras buscaba los poemas y leía, se me ocurrió este poema breve. No te lo envió para que lo publiques, sino simplemente para compartírtelo.

Como si fuera a bañarme en un río
me desnudo y en ella me sumerjo.

Ella, la corriente que me arrastra,
la orilla en que me ahogo.

Y quizás traiciono al poeta al mostrarlo hoy, pero no puedo traicionar a la poesía. Esa que necesita vivir, respirar en los ojos ajenos de desconocidos. ¡Perdón, Fernando!

Definitivamente, en La Caja Verde no habrá un texto de su autoría, pero sí un pretexto para contar parte de la historia, una provocación para que alguno de los lectores o las lectoras puedan ir tras de él, y quizá un día, cuando digiten su clave, puedan convencerle.

Por ahora, regreso a casa con un no por respuesta, pero también con un tigre, ¡Sí! No podía quedarme con los ojos vacíos, así que atrapé su último poema. ¡Perdón, Fernando!

ORACIÓN

(A un tigre que es todos los tigres)

Que no me muera
sin antes haber temblado
de amor y de miedo ante tus ojos;
sin antes haberte visto
—como quien ve el mar por vez primera—
desde la orilla de este asombro inagotable.
Sin sentir sobre mí,
piadosa y condescendiente,
la hermosa garra
donde escondes la muerte.

Que no me muera
sin antes haberte tocado
con estas manos
que te sueñan y ambicionan
con el afán del que ama,
porque sabe ya su mortalidad
y la de lo amado.

Que no me muera
sin haber repasado con mi dedo
los trazos caprichosos de tus rayas,

como quien hubiese deseado
haberte imaginado y dibujado.

Que no me muera
sin antes haberte tocado,
larga y demoradamente,
con estas manos enamoradas
que te sueñan.

La Caja Verde 2

Fue editado por Confiar Cooperativa Financiera,
en Medellín en el año 2021.
Impreso en los talleres de Pregón S.A.S.

En Confiar nos anima la esperanza. Por eso, además del ejercicio diario de ahorro y crédito con solidaridad, hacemos libros, porque creemos que la lectura nos abre la mirada a otro mundo posible, donde la confianza sea un juego infinito de abundancia justa.

Estas historias (reales, divertidas, cotidianas, sorprendentes, inspiradoras, sencillas...), escritas por Gente de Confiar, nos dan a conocer de qué está hecha, precisamente, la Gente de Confiar.

confiar[®]
coop

www.confiar.coop

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

ISBN: 978-958-52094-8-0



9 789585 209480

